

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VICHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—
Su amor, poesía por A. de Féria y Adame.—Ben-
jamina, Novela por José Fernandez.—Ribera por X.
Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

—Eso nada tiene que discurrir, exclamé, Amelia me ha dicho que deben estarlo por categorías.

—Así lo exigirá sin duda la etiqueta; pero no el buen tacto de una ama de casa, que debe desear ante todo, que las horas pasadas á su lado y en su obsequio, sean para los que tienen la bondad de favorecerla, rápidas y deliciosas.

Por ejemplo, aunque se ha hecho la paz, si ponemos á los antiguos enemigos al lado unos de otros, no podrán menos de hallarse embarazados y violentos, y del mismo modo

dos personas cuyos gustos y tendencias sean distintos. ¿Qué papel hará una jovencilla entre dos enfermos, ni dos venerables matronas, teniendo en medio de ellas á un imberbe adolescente? No, no, es preciso entremezclarlos de tal modo, consultando sus afectos y simpatías, que cada uno, satisfecho con el compañero que le ha tocado en suerte, contribuya con su alegría á la alegría y á la animación general.

Esto no obsta para que el señor cura, el alcalde y alguna otra persona respetable, tenga la preeminencia que les es debida.

Nos pusimos pues á reflexionar, y arreglamos este asunto del modo que creímos más conveniente.

Entonces la abuela llamó á los criados, y les repitió á cada uno sus órdenes de una manera clara y terminante.

—Desde este momento, les dijo cuando hubo concluido, cesa por completo mi autoridad, y vosotros obrareis como si yo no estuviese en casa. Hacedlo bien ó mal, es de vuestra cuenta, y yo no me mezclo en nada. Ni que se rompa algo, ni que algo se vierta, no hay que

contar conmigo, porque es una cosa muy fea y muy ridícula que vengan los criados con recaditos al oído, y que el ama se tenga que levantar é ir de un lado á otro, pues esto además de recordar á los convidados la molestia que nos causan, les da muy mala idea de su buen gobierno.

—¿Te acuerdas de lo que te dije el otro día acerca del talento de la mujer? añadió volviéndose hácia mí, pues aquí tienes una prueba irrefragable de la verdad de mi aserto. Es preciso que su mano se sienta y no se vea: si quiere destruir la ilusion no tiene más que hacer ostentacion de sí misma.

Está tan en su naturaleza el misterio, que aun las cosas mas nimias pierden su valor si no las encubre con su velo.

Y esto es lógico: lo que se adivina, lo que se presiente, tiene muchos más encantos que lo que se ve clara y palpablemente, porque á esto ningun atractivo le puede añadir la imaginacion, mientras á lo otro la poesia se complace en revestirlo con su ropaje espléndido y caprichoso.

Ahora bien: como la mujer es la imagen de la poesia, nos desagrada ver en ella cualquier accion que recuerde la materia.

No te puedo dar de esto pruebas positivas pero si morales, y apelaré á tí misma. ¿No has sentido alguna vez una impresion sumamente desagradable al ser recibida por un ama de casa que está impaciente, se levanta y se vuelve á sentar, dá órdenes y contra órdenes y previene por sí misma las torpezas de los criados?

Cuando esto sucede, se apodera de los convidados un indefinible malestar, y ya no les es dado mostrarse ni alegres ni expansivos.

Y ¿porqué? ¿No exita la admiracion el arquitecto trazando líneas? ¿el magistrado desempeñando sus funciones? ¿el general ordenando una batalla?

No olvides nunca, Enriqueta, que el misterio es el secreto de la gracia, y que la gracia es la encarnacion de nuestro sexo.

Pero anda á vestirme, que se hace tarde. Mira, añadió volviendo á llamarme, vístete con sencillez.

Estoy cierta de que esas señoras habrán consultado para hacerlo el último figurin, y vendrán todas uniformadas, porque esto hace el mal gusto en las poblaciones reducidas. Estoy cierta, además, de que sacarán á relucir sus mejores galas. Guárdate de intentar competir con ellas.

Esas luchas de vanidad son siempre ridículas en la mujer; pero serian imperdonables en un ama de casa, cuyo buen tacto estriba en hacer que luzcan los demás, en que cada uno de los que le favorezcan obtenga el triunfo de amor propio que se habia propuesto alcanzar y se retire alegre y satisfecho.

Este es el secreto de la amabilidad, y ¿quién tiene más obligacion de ser amable, que el que invita á sus amigos á una partida de placer y les obliga á sacrificarle una parte de su tiempo?

¿Qué más te diré, Julia mia? Aquellas seis mortales horas, que se representaban á mi imaginacion como tan fastidiosas, fueron las más felices de mi vida!

Hallé mi primera recompensa en la exclamacion de sorpresa que soltó Eduardo, cuando vió mi precioso dormant, y pudo admirar el magnífico golpe de vista que presentaba la mesa. La segunda la hallé en la conciencia de que hacia muy bien los honores de mi casa.

Muy bien; sí, porque querer es poder. Estuve amable, decidora, procuré particularizarme con todos, ser agradable á todos, variar las conversaciones enojosas ó que podian herir la susceptibilidad de alguno, hablar al cosechero de su cosecha, al instruido de sus conocimientos científicos, á la madre de sus hijos.

Hice que todos pudiesen brillar en su esfera, toleré las groserías, procuré disimular las torpezas, y no me reí de nadie, ni aun de un pobre labrador, que al ver delante de sí un enjuagatorio, le dió mil vueltas y acabó por tragarse su contenido, creyendo que seria alguna bebida deliciosa.

No hubo gritos, no hubo algazara, pero que alegría! Aquella alegría era mi obra, y me hizo experimentar un alborozo tal, que jamás acertaria á definirlo.

Y luego, por la noche, cuando todos se reti-

raron, la abuela se acercó á mí, y delante de Eduardo, del cura y de don Tomás, me dijo con voz trémula y conmovida, estampando un beso en mi frente:

—Lado sea Dios, que ha dado una compañera tan digna á mi querido hijo!

—Oh, cuán feliz me sentí entonces Julia!

No es árido, no, un deber cuyo cumplimiento proporciona al alma tan inefables y dulces emociones!

(Continuara)

Angela Grassi.

SU AMOR.

No le digas ¡madre mia!
Que en la cuna me cantabas
Y que mi llanto enjugabas
Con un osculo de amor.

No le digas que en tus brazos
Me estrechabas con ternura
Cuando era el alma tan pura
Que aún vivía sin dolor.

Que no sepa, por Dios, madre,
Que tu nombre placentero
En el mundo fué el primero
Que con dicha pronuncié;
Y que tuyo fué el suspiro
Primero de mi alegría,
¡Y fuiste tu madre mia....
A quien primero adoré!

No le digas que tu frente
Besaba ya con cariño
Siendo tan niño... tan niño....
¡Que aún no sabía besar!
Que fué tuyo el primer sueño
Que acaricié en mi existencia,
Siendo tanta mi inocencia....
¡Que aún no sabía pensar...!

Que no sepa que al mirarme
En la cuna tú dormido
Decías:....—¡Hijo querido,
¡Quien te viera siempre así!
¡Quien mirase esa sonrisa
En tu boca eternamente!...
¡Quien viera siempre esa frente...!—
¡Tuviera celos de tí!

No le digas nunca.... nunca...
Que juntos los dos un día
Á orar fuimos madre mia!
Ante el altar del Señor;
Y que él allí santo nombre
De la Virgen candorosa
Me enseñastes amorosa
Y el nombre del Redentor.

Y no le digas tampoco
Aquella cruz que en la frente
Me trazabas reverente
El templo aquel al dejar;
Ni aquellos sueños tan puros
En que luego confundía
Con tu nombre el de María
Y el del Hijo, y el altar.

Que ignore que si dormido
Mil veces tú me has velado
Los latidos has contado
Mil veces del corazón:
Y que al despertar yo luego
Eran tus hondos suspiros
Las nubes que en vários giros
Elevaban mi oración....

Que no sepa que al mirarme
Ante el altar inclinado
Decías:....—¡Hijo adorado,
Quién te viera siempre así...!
¡Si vagase esa plegaria
En tu boca eternamente...!
¡Si siempre viera esa frente...!—
¡Tuviera celos de tí!

No le digas.... madre mia....
Que al abandonar mi infancia
Sentiste tú la inconstancia
De la dicha y del placer.
No le digas nunca.... nunca....
Que del sol de mis amores
Al esplendor los albores
Tu pesar viste nacer.

Que cuando mis manos ¡madre!
Fragantes rosas cogían
Sus espinas ¡ay! herían
A tu amante corazón;
Y que en mi edad borrascosa
Si tu alma triste lloraba
Cuando mi lira sonaba,
¡Era tuya su canción!

Que ignore.... que ignore.... ¡madre!
Lo que tu alma sentía

Si la virgen lira mia
Escuchabas resonar.
Que no sepa que durmiendo
Soñabas tú con mi canto
y que era madre tu encanto,
Si dormías el soñar.

No le digas que amorosa,
Cuando mis notas oías,
—¡Hijo querido...!—decías—
Si cantaras siempre así...!
¡Si yo escuchase mi nombre
En tu lira eternamente...!
¡Si viera siempre esa frente...!—
¡Tuviera celos de tí!

A. DE FÉRIA Y ADAME.

BENJAMINA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Luisa y Mario.

Al Norte de Bastia se descubre un valle delicioso regado por cierto arroyo de pocas aguas, llamado el Fango. Su fondo ancho y despejado está ceñido de pequeñas colinas que conducen por grados á las alturas donde están situados en una parte Cardo y en la otra Santa Lucia delle Ville, á cuya espalda se elevan las altas montañas que desde el centro de la isla se extienden hasta el mar, perdiéndose de vista en las últimas fortificaciones del cabo de Córcega. En aquellas alturas no se encuentran mas que rocas quebradas y lisas y puntas agudas, que espantan; pero las pendientes que dan al valle, están cubiertas de castaños, de olivos, de almendros, de naranjos y limoneros, presentado hasta en el invierno el vedor constantemente vivo y esplendente de los lentiscos y de los madroños. El centro de la llanura está dividido en gran número de cercados, que contienen las modestas casas de los labradores. En una de ellas habia nacido Luisa.

Desde la edad de ocho años partia esta todas las mañanas de aquel punto dirigiéndose por uno de los infinitos senderos que conducen al gran camino de Via-Traversa al de Sant Angelo para ir á la escuela de la Hermana. El pueblo bastines conocia á esta con el nombre de la tia Monja, y estaba gozoso al verla en los viérnes de marzo acompañar á sus discípulas

á la parroquia, monjitas en cierge vestidas de negro á hacer el Viacrucis. La tia Monja les enseñaba el catecismo, á coser y bordar y un principio de aquellos variados quehaceres que tanto convienen á las muchachas del pueblo. Pero Mariana, la madre de Luisita, cuando vió la niña algo instruida, como habia quedado viuda y menesterosa, la sacó enseguida de la maestra y la acomodó con una costurera para que aprendiese á coser con perfeccion. Luisa, hecha ya una mujer, era una perla para el oficio. Nunca dejaba el trabajo, de modo que en poco tiempo aprendió cuanto se necesita para tenerse por una buena camisera, llegando á ser lo que se llama una modista; porque reunia el conocimiento de todas las artes afines, que mutuamente se dan la mano para los trabajos de aguja. Era excelente zurcidora, nadie la igualaba en los pespuntos y añadidos, extremada en los dobladillos, plegados y fruncidos, y jamas padecia la más minima equivocacion. Pero en lo que más sobresalia era en los encajes, que no solo sabia colocar con suma gracia en las cofias y en los vestidos, sino que los componia perfectamente si se soltaban algunos puntos, imitando con tal perfeccion el reca-mo, que al salir de sus manos los encajes parecian siempre nuevos.

Sólo que tanto como ganaba en el oficio, otro tanto perdía en los principios de la virtud cristiana. La buena Mariana, que era mujer de muy buen corazon, pero de escasa inteligencia, se ponía tan hueca cuando iba á preguntar á la maestra y la oía alabar la laboriosidad y destreza de su hija, exclamando entonces Gracias á María Santísima la llevo todos los años á Lavasina, y habeis de saber que dentro de poco ganará para ella y para mí.—Y volviéndose muy satisfecha y orgullosa se iba en seguida á contar las alabanzas de su Luisita á las comadres del lavadero, poniendo de propia cosecha lo que acaso faltaba para su completo elogio, sin pensar en mas que en hacer de su hija la mejor costurera de Bastia. Con esto cerraba los ojos, cuando la chica en los dias festivos iba al obrador, lo mismo que en los de trabajo. Al principio repugnaba á la pobrecilla trabajar en dia de fiesta, porque no le faltaba el buen sentido y no habia olvidado las lecciones de la tia Monja; mas poco á poco se fué acostumbrando hasta el punto de no pensar más en ello. Mil razones se ocurrían á su maestra para librarla, segun ella misma decia, de escrúpulos: —El trabajo debe hacerse cuando Dios lo envia. ¿Qué mal hacemos nosotras? Basta no dar escándalo... La tienda tiene puerta falsa y se puede entrar en ella sin que nadie lo vea. Las que hacen mal son las que roban, las que murmuran: ¡beatonas! Todo el día están restregando las rejas de San Juan! hacen encarecer el agua bendita... y despues quitan el pellejo á las que trabajan secretamente en algun domingo cuando hay una prisa... Luisitla, lo que

importa es que seas buena y obediente á la maestra, y déjalas que digan. El trabajar los domingos un par de horas (y trabajaban desde que rompía el alba hasta medio día) es una bagatela: cuando se trata de despachar un vestido para los amos, que nos dan de comer, no es cosa de andarse en escrúpulos.

Luisa conocía perfectamente la falacia de estos raciocinios. —¿Cómo? ¿es pecado quitar á otro los bienes ó la reputacion, y no lo será defraudar á Dios el homenaje y el día de fiesta? ¿El mandamiento divino de santificar el domingo se ha hecho para los turcos ó para nosotros los cristianos? Los amos, los amos... Y ¿el Señor no es el amo de todos los amos? ¿No es él quien da á todos de comer, quien produce la lluvia y hace salir el sol? —Con todo, temerosa de perder las ganancias, dominada por los respetos humanos, arrastradas por el mal ejemplo, deseosa de ser siempre la predilecta de la maestra, de la que se veía tan acariciada, ahogaba los gritos de su conciencia y aparentaba creer todo aquello como el Evangelio. Y de tal manera llegó á pervertirse, que, no contenta con practicar aquel evangelio de nueva especie, repetía á las aprendizas que iban entrando las malas lecciones que había aprendido, adornándolas con nuevos raciocinios de su invencion, y añadiendo burlas y chanzonetas para alegrar á la asamblea.

Sin advertirlo, había olvidado á su antigua maestra; no la visitaba como al principio, y cuando la encontraba en alguna calle bajaba los ojos ó se distraía, mirando los rótulos de las esquinas ó los géneros de los aparadores de las tiendas. Cuando oía referir algún escándalo, lo volvía á contar inmediatamente á sus compañeras con nuevos floreos y comentarios, no pensando que en breve daría que hablar de sí más que otra alguna.

Por esto la picarilla, pasando sin sentir por los grados de costumbre, de las miradas maliciosas á las sonrisas significativas, y de estas á las carlitas azucaradas y nada enigmáticas, llegó á dar oídos á las palabras de un sargento de la legion extranjera, natural de Liorna, que estaba de guarnicion en Bastia. Por desgracia dió á ello ocasion la llegada al país de una familia americana. Samuel Lokport, rico negociante en madera, natural de Nueva York, viajando por Italia para restablecer su salud en compañía de su mujer y de una hija de juvenil edad, se había detenido algunas semanas en Córcega para examinar los magníficos pinares que comenzaban á abrirse al comercio.

Mario (así se llamaba el sargento mencionado) chapurreaba el inglés y estaba todo el día cosido con el señor Samuel, acompañándole á todas partes y sirviéndole de intérprete y cicerone. Luisa iba á casa de aquellos señores para llevarles ropa blanca y prestarles algunos servicios de su oficio, ingeniándose

de modo que al momento se ganó la voluntad de *mistress* Elena, que era como se llamaba la esposa de Lokport, haciéndose grande amiga de Benjamina, su hija, la cual era una joven cándida, franca y generosa, que puso toda su confianza en ella y quería tenerla siempre á su lado. Esto hubiera sido bueno para Luisa, si no contrajera otras amistades! La solapada muchacha fingía estar continuamente ocupada en el servicio de los Lokport; pero su objeto principal era encontrarse con Mario. Pasó la cosa oculta al principio y aun algunos meses después de la partida de los americanos; pero era imposible que en una ciudad tan pequeña y murmuradora permaneciese secreta semejante cosa. La inconsiderada é imprudente muchacha, desde que se esparció el primer rumor, llegó en pocas semanas á ser la fábula de la ciudad y el objeto de todas las conversaciones; pero, como suele suceder las más veces, su madre fué la última en saberlo.

La bonachona Mariana, al oír por primera vez de boca de la maestra los amos de la muchacha, se quedó como una estatua: —¿Es posible, exclamó, Luisa! ¡Mi hija, tan juiciosa, tan modesta, á los diez y siete años querer casarse con un militar! Todo ha de caer sobre la pobre Mariana!... Este quebradero de cabeza me faltaba — Y á pesar de decir esto no se atrevía á hablar de ello á Luisa, porque la muchacha se había hecho tan orgullosa y altanera, que para darle un aviso era necesario acercarse á ella con toda atencion y ceremonia; ni aun de su madre hubiera tolerado una reprimenda brusca la altiva joven. Mas poco después, como sucede generalmente á las mujeres de su clase, pasada aquella primera impresion de disgusto, empezó á dejarse llevar de la esperanza: —Y ¿si este fuese un militar honrado, que pensara en casarse y establecerse en Bastia?... Quien sabe! No demos con los titeres en tierra antes de saber si es una desgracia ó una felicidad la que se nos entra por las puertas. — En seguida, sin más reflexiones, se echó fuera de casa, y como mujer inexperta se encajó en la del alcalde ó sindico de la ciudad; pero este la hizo conocer que aquello no era cosa suya, sino de la autoridad militar, y como era hombre compasivo, al ver la afliccion de la pobre mujer, le dió al despedirla una recomendacion para el coronel del regimiento, que casualmente era amigo suyo. La pobre Mariana, con su esquila en la mano, no paró hasta encontrar al coronel. Era este tambien un excelente sugeto, padre de familia, respetado y querido en el país y que gozaba de justa reputacion de tener sujetos á sus soldados y de saber reprimir sus desmanes en los lugares en donde estaban de guarnicion. Al oír que se trataba de Barandi, que así se apellidaba el sargento liornes, frunció las cejas, y meneando la cabeza dijo:

—Sé quien es. ¿Qué os ha hecho?

Avergonzada Mariana refirió sus culpas con toda ingenuidad, y concluyó suplicándole que le diese informes detallados.

—Por Dios, señor coronel, tened compasión de una pobre viuda! Se trata del honor y del porvenir de mi familia; somos pobres, pero honrados. Nunca hemos dado que decir á la gente. Mi hija es mi solo sosten, mi única esperanza.

—Buena mujer, respondió el coronel, os compadezco. Mario Barandi, del que me habláis, es un buen soldado; pero sentiría que frecuentase la casa de gente honesta y recatada. Me veo precisado á tenerle siempre el ojo encima; no hemos estado de guarnición en pueblo alguno sin que no hayan dado alguna queja. Procurad apartarle de vuestra casa: nada más os digo,

—Y si tuviese buenas intenciones?

—¡Qué buenas intenciones, ni qué calabazas! Ya que me obligáis á que os hable claro, habeis de saber que es un calavera, y que sus camaradas le tienen por ladrón y por capaz de todo.

—¡Capaz de todo!... ¿Cómo?... ¡Un sargento!... Con galones...

—¡Ah! ¿Creeis que en estos tiempos hacemos los coroneles exámen de conciencia de nuestros soldados? Tenemos gente de toda especie: los hay que hacen algo más que travesuras; pero en cumpliendo con su obligación de buenos soldados, ascienden, á pesar de sus faltas de moral, como no falten á la disciplina militar. Quien obedece al tambor, aunque engañe á las muchachas, hace carrera y se planta sus galones de estambre ó plata si los gana. Sé de buena tinta que Mario ha causado la muerte á su madre, que la ha maltratado indignamente y otras cosas que me callo; pero mientras cumpla con su obligación en el regimiento y no cometa fuera faltas graves y escandalosas no puedo meterme en su vida privada.

—¡Pobre Luisita! ¡pobre hija mia! ¡de qué bribón te has enamorado! Y fortuna que lo he sabido á tiempo; os doy mil gracias. Haré lo posible... Pero si ella no pudiera desprenderse de ese tunante, ¿qué he de hacer?

—¿Qué habeis de hacer? Cortar por lo sano, ¡diablo! ¿Quereis poner á la oveja en la boca del lobo?... En fin, ¿quereis que os hable claro y sin rodeos? Vosotras las mujeres, madres é hijas, jóvenes y viejas, cuando se os presenta la posibilidad ó la suerte, como vosotras decís, de un matrimonio algo ventajoso, os echaríais en brazos del mismo diablo, por eargos que tuviera los cuernos, y despues decís que los han engañado, os desesperais y suponeis que se ha hecho burla de vosotras. Sabed para vuestro gobierno que cuando el regimiento estaba de guarnición en Estrasburgo nuestro hombre se metió de hoz y de coz en casa de un sastre, que, como vos, era sencillote

y credulón, y que tenía una hija bonita.

En esto Barandi cayó enfermo tuvo que ir al hospital y estuvo á las puertas de la muerte.

(Continuar á.)

J. F.

RIVERA.

(CONCLUSION)

La facción de Nápoles á cuyo frente estaba Rivera y que no permitía la entrada en esta capital á ningún pintor extraño á su escuela, contaba en su seno á dos espadachines, dos bravos, Correnzios y Caracciolo que rodeados de otros jóvenes turbulentos, sostenían con la punta de la espada la superioridad de su maestro. Así echaron de Nápoles á los grandes artistas que habían convocado de toda la Italia para concurrir con Rivera á las decoraciones del Duomo de San Javier. Annibal Carraches y otros, tuvieron que huir para librarse de los golpes de estos conjurados de nueva especie. Despues de haber huido, como los otros, el Dominiquino volvió sin embargo á concluir la magnífica obra de que se envaneció Nápoles; pero murió antes de volver á Roma y la voz de envenenamiento que se divulgó á su muerte, prueba á lo menos la probabilidad de este hecho. Jamás se podrían criticar, jamás se podrían condenar bastante estos celos llevados hasta la ferocidad; es una mancha para un artista, que no borran, que no justifican ni la grandeza del talento ni el esplendor de la fama.

Rivera no debió tener envidia de nadie, rico y célebre obtuvo además todas las felicidades que podía proporcionarle su arte. La academia de San Lucas, en Roma, le admitió en el número de sus individuos desde 1630, en el mismo año en que Velazquez fué á visitar á Nápoles, cuando su primer viaje á Italia; y en 1644 el papa le condecoró con la orden de Cristo. El principio de la vida de Rivera fué extraordinario: se ha querido sin duda darle un fin semejante, cuando se ha dicho que habiendo el segundo don Juan de Austria seducido y robado á su hija, Rivera se puso á perseguir al raptor y que desde entonces no se volvió á oír hablar más de él. Esta anécdota es de todo punto insensata; se sabe, al contrario, que la hija de Rivera se casó con un caballero español, que fué ministro del vi-

reinato de Nápoles y que el mismo Rivera murió pacíficamente en esta ciudad en 1656 á la edad de sesenta y nueve años.

Aunque compuso todas sus obras en Italia, fué Rivera un pintor español del mismo modo que Nicolás Poussin y Claudio Galée (el Lorenes) son pintores franceses, por que ambos tambien nacidos en Francia, vivieron y trabajaron en Italia; Rivera no olvidó su nacimiento, se mostraban orgulloso de él, que al firmar sus mejores cuadros jamás dejaba de añadir á las palabras Josepe de Rivera, la de Español; y ademas por que su estilo era más español que Italiano. En efecto, considerados en general, los pintores Italianos son particularmente idealistas; buscan lo bello, aun prescindiendo de la verdad y generalmente prefieren más bien dejar á la imaginacion el cuidado de interpretar su pensamiento y medir toda su estension, que presentar materialmente á los ojos del espectador todos los objetos que debieran concurrir á explicarlo. Los pintores españoles por el contrario, considerados tambien en general tan particularmente naturalistas, en sentido de que buscan la verdad más bien que lo bello y de que expresan sus pensamientos por la reproduccion completa y material de todos los objetos que aquellos abrazan. Murillo, por ejemplo, el que ha empleado, entre todos los maestros españoles más idealismo y poesia en sus composiciones, no ha recurrido jamás á los símbolos, ó á las alegorias; él vá recto al hecho, aun en los asuntos en que parece faltar al hecho. Si quiere pintar un santo en éxtasis representará el éxtasis mismo del santo, la aparicion que no existe sino en su espíritu exaltado; pintará el cielo abierto, sus habitantes, su luz, su pompa, y sus maravillas. A la verdad que Murillo no ha visto nunca semejante cosa; pero imagina todo eso mas bien que sobre entenderlo y si pinta á Jesus en la tierra elevando su alma al cielo por el pensamiento no se contentará con expresar esta idea en los ojos, la esactitud y la expresion de la fisonomía del redentor, pondrá en la parte superior del cuadro al Padre y al Espíritu Santo suspendidos sobre nubes; representará en fin por objetos visibles hasta el pensamiento interior.

Entre estos pintores naturalistas, Rivera debe ocupar el primer lugar, no solo sin segundo, pero á lo menos sin superior. Si Velazquez toma á la naturaleza con más libertad y sencillez, ó mas bien si la acepta tal como es, en cambio Rivera que la acomoda á sus gustos, á sus caprichos, produce efectos más fuertes y sorprendentes. Podrá por ejemplo, argüírsele, que exagera á intento las oposiciones de la luz y de la

sombra, para producir algunos resultados maravillosos de claro-oscuro; de que elije cabezas de ancianos, calvos y barbudos, manos arrugadas y callosas, cuerpos decrepitos y contornos exagerados para hacer ostentacion de sus conocimientos en la ciencia anatómica muscular: de procurar en general en la eleccion de sus asuntos en las posiciones y semblante de sus personajes, en los pormenores de las escenas que representan, que sean de lo más salvaje, más terribles más horroroso y aun repugnante para llevar la emocion del espectador hasta el horror, hasta el estremecimiento. Pero sin embargo, será menester convenir tambien en que esta luz y estas sombras, estas cabezas, estas manos, y estos cuerpos, estos asuntos en fin con todos sus pormenores, son posibles, son probables, lo que basta al arte para representar la verdad. Despues deberemos convenir en que están dominados en las condiciones, adoptados por el artista con una fidelidad maravillosa, con una incomparable energia de pincel, que ningun pintor, de ninguna escuela, ha llevado más allá, en la ejecucion material de sus obras, la fuerza, la audacia, la grandeza, el esplendor y la solidez. Rivera por otra parte, acaso solo entre todos los pintores, parece haber vencido una formidable dificultad de la pintura que Rembrandt tambien trató de dominar algunas veces; ha resuelto mejor que ninguno otro problema de suma importancia para su arte; y es que sus obras, á nuestro entender las más acabadas, no necesitan que se les busque un punto de vista, y que pueden mirarse desde cualquier parte. Examínese las en sus detalles, de cerca, minuciosamente y con un vidrio de aumento, ó que se las considere el conjunto y el aspecto general, á treinta pasos de distancia, producirán el mismo efecto, el mismo asombro y parecerán siempre hechas para la perspectiva en que se halle el espectador.

Por lo demas, es necesario distinguir en las obras de Rivera los dos estilos que siguió alternativamente, el de Correggio y el de Caravaggio. En el primero, parece haberse propuesto huir de todos los defectos que se le pueden notar: en el segundo es sencillo, dulce, suave, sin acaloramiento, sin exageracion; de esta manera dá menos pabulo á la critica; pero á nuestro modo de ver dá tambien menos motivo al elogio y á la admiracion. No se olvide al juzgar á Rivera que los defectos de su segundo estilo no pueden ser nunca sino cualidades llevadas demasiado lejos. De estas cualidades se muestra más que generoso, llega á ser pródigo y de ahí no pasa. De modo que criticándole algunas veces se le admira siempre y esto debe decidir la cuestion. No

sabemos si nos escederemos algo, pero nos parece que cuando quiere dar gracia á sus obras á la manera de Correggio, se conoce que Rivera tiene alguna dificultad, algun pequeño obstáculo que vencer; se vé evidentemente al hombre que quiere luchar por la sola fuerza de su talento, contra el imperio de su carácter y de sus instintos. Al contrario, cuando Rivera trabaja enérgicamente al estilo de Caravaggio, entonces se vé que está en su elemento; que, lejos de combatirse, se abandona completamente á su fogosa naturaleza de hombre y de artista, y en fin que como un río contenido algun tiempo, cede á su ímpetu y se desborda; entonces y solo entonces puede decirse con el poeta;

«Que marcha con su fuerza y libertad»

En el Museo de Madrid es donde se halla la que pasa por su obra maestra en el estilo suave la *Escala de Jacob*, (116). Ahora bien apesar de la importancia y la belleza de este celebre cuadro, no titubeamos en decir que para conocer y apreciar bien á Rivera sería mejor estudiar, en el mismo Museo no solo sus Doce apóstoles, preciosa série de cabezas expresivas donde están por su orden todas las edades; desde el joven San Juan, discípulo muy amado, hasta el viejo Santiago el Mayor; no solo su martirio de San Bartolomé (42), el más famoso y admirable de los cuadros que ha consagrado á este asunto sino tambien su magnífica Santísima Trinidad, (204), y hasta su horrible Prometeo en el Cáucaso (121). Por lo demás puede conocerse á Rivera como a Velazquez en otras partes que en Madrid. Paris encierra en su Museo de Louvre, en algunas galerías particulares y en algunos salones, muchas obras excelentes del ilustre y fecundo maestro que por mucho tiempo ha llenado la Europa con sus obras y su fama.

Rivera ha formado numerosos discípulos, en cuya primera línea es necesario colocar á Luca Giordano. Para uso de estos trazó sucesivamente los Elementos de dibujo que despues fueron reunidos y grabados al agua fuerte por el pintor Francisco Fernandez. Estos mismos elementos de dibujo, reproducidos en Paris por vez primera en 1650, con el título de libro del retratista, formado por Josef de Rivera conocido por el *Espejo* y grabado al agua fuerte por Luis Fernando, han sido en nuestras escuelas, la guía de los profesores y el manual de los alumnos. Se cuentan ademas, hasta veinte grabados en agua fuerte ejecutados por Rivera con la correccion, delicadeza y vigor que caracterizan las obras de su pincel. Estos grabados son en general raros y preciosos.

Luis Viardot,

CORRESPONDENCIA.

Armenteros. Señor don F. A., recibidas las 3 pesetas y complacido en lo que desea.

Badajoz. Señora doña A. P. de la P., en nuestro poder los 24 rs.

Barbastro. Señora doña M. G. de P., con los 24 rs que envia, deja pagado hasta octubre del 81, advirtiéndole que está recibiendo el año 80.

Cazalegas. Señor don C. S. y don H. G., recibida la letra, la enferma se restableció, gracias por su interés. Cospedal. Señor don J. G., recibidos las 16 rs que envia.

Dos Torres. Señora doña R. G. de A., en nuestro poder los 12 rs., los 4 que dice no han llegado á esta redaccion.

Enciso. Señor don C. V., le remitimos los números que deseaba. Servida la nueva suscripcion. Le damos gracias.

Jerez de la Frontera. Señora doña C. C., recibidos los 12. rs.

Maello. Señor don N. P., en nuestro poder los 20 rs y le damos gracias por su buen deseo.

Moguer. Señor don P. M., anotados los 24 rs., se pondrá la direccion como desea.

Monovar. Señor don L. V., los números I al 5 que devuelve son los que corresponden al año 76, aunque está equivocada la numeracion, véalos V. y verá como están correlativos, y los 96 del año 5.º se completan con los que sigan del 6, aunque por empezar año nuevo tienen distinta foliacion.

Alter-dó-Cháo. Señora doña M. A. M. C., los números del 64 al 96 que reclama del año 5.º, son los 32 primeros del 6.º, que están correlativos aunque con distinta numeracion por salir en otro año.

Orihuela. Señora doña D. H., respondiendo á su pregunta la diré que debe 4 reales del año 79 y 12 del 80.

Priego. Señora doña C. L. de S., recibidos los 20 rs. que envia.

Santiago. Señora doña M. T., quedan anotados los 24 rs.

Castellar. Señora doña C. C., recibidos los 40 rs. que remite su señor padre.

Dicastillo. Señora doña P. M., le doy las gracias por su bondad.

Almería. Señora doña F. C. de O., en nuestro poder los 40 rs. y se remitieron los números que pedía.

Colonia de San Pedro Alcantara. Señora doña A. del R., recibidos los 12 rs.

Cosuenda. Señora doña M. L. de A. recibidos las 15 pesetas, y se hará como desea.

Córdoba. Señora doña D. G., en nuestro poder los 7 rs. los números se le remiten al instante que se publican.

(Continuará.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».